

Prefacio

Todo ámbito de investigación muestra dos límites en los cuales el pensamiento pasa de la forma exacta a la filosófica. Los fundamentos del conocimiento, al igual que los axiomas de toda zona especial, transfieren su representación y su comprobación a una ciencia principal, cuyo objetivo infinito es el pensamiento carente de presupuestos, un objetivo que no pueden alcanzar las ciencias especiales, ya que éstas no dan un paso sin comprobación, es decir, sin presupuestos de carácter objetivo o metodológico. Al representar e investigar estos presupuestos, la filosofía no puede prescindir de ellos por completo; aparece aquí la última frontera del conocimiento en la que se asienta una aspiración de poder y el atractivo de lo no verificable y que, merced al progreso de las comprobaciones, nunca se encuentra en el mismo lugar. El comienzo del ámbito filosófico señala, al mismo tiempo, el límite inferior del ámbito exacto, y su límite superior se encuentra allí donde los contenidos siempre fragmentarios del saber positivo tratan de completar una imagen del mundo por medio de conceptos excluyentes, o referirse a la totalidad de la vida. La historia de las ciencias muestra la forma filosófica de conocimiento como la más primitiva, como un mero resumen de las manifestaciones en conceptos generales, y este procedimiento provisional resulta indispensable en lo relativo a muchas cuestiones, especialmente aquellas pertenecientes a las valoraciones y a las conexiones más generales de la vida espiritual, a las que, hasta ahora, no podemos responder con exactitud ni de las que podemos prescindir. Es tan poco probable que la empina total sustituya a la filosofía como interpretación, matización e insistencia individualizada sobre lo real, como que la perfección de la reproducción mecánica haga inútiles las manifestaciones de la bellas artes.

De esta determinación del lugar de la filosofía en general se derivan los derechos que ésta posee frente a los objetos individuales. Si existe una filosofía del dinero, únicamente puede situarse

más allá y más acá de la ciencia económica del dinero: su función es representar los presupuestos que otorgan al dinero su sentido y su posición práctica en la estructura espiritual, en las relaciones sociales, en la organización lógica de las realidades y de los valores. Tampoco se trata aquí de la cuestión del origen del dinero, pues ésta pertenece a la historia y no a la filosofía. Por más alto que valoremos los beneficios que el estudio de su proceso histórico añade a la comprensión de un fenómeno, lo cierto es que el sentido y el significado internos del resultado del proceso descansan sobre conexiones de carácter conceptual, psicológico y ético que no son temporales, sino puramente objetivas, realizadas por las fuerzas de la historia, pero que no se agotan en la contingencia de la misma. La importancia, la dignidad, el contenido del derecho, por ejemplo, de la religión, del conocimiento, superan la cuestión de los caminos seguidos en su realización histórica. La primera parte de este libro trata de deducir el dinero de aquellas condiciones que atañen a su esencia y el sentido de su existencia.

La manifestación histórica del dinero, cuya idea y estructura tratamos de derivar de los sentimientos de valor, de la práctica de las cosas y de las relaciones recíprocas de los seres humanos, tomado todo ello como presupuestos, constituye la parte segunda o sintética, y estudia también su influencia sobre el mundo de lo interior: el sentimiento vital de los hombres y el encadenamiento de sus destinos, la cultura general. Se trata aquí, pues, por un lado, de conexiones exactas, por razón de su esencia, e investigables por separado que, sin embargo, en el actual estado de avance de nuestros conocimientos, no lo son si no es por medio de una actitud filosófica, esto es, a través de un vistazo general que sustituya los procesos únicos por las relaciones de conceptos abstractos; por otro lado, se trata de causaciones espirituales que suelen ser cuestiones de interpretación hipotética y constituyen reproducciones artísticas no siempre libres de matices individuales. Tal ramificación del principio monetario en las evoluciones y las valoraciones de la vida interior se encuentra tan alejada de la ciencia económica del dinero como lo estaba el problema de la primera parte. La una ha de hacer comprensible la esencia del dinero a partir de las condiciones y relaciones de la vida general; la otra, por el contrario, ha de hacer comprensible la esencia y conformación de la última a partir de la influencia del dinero.

En esta investigación no hay ni una línea escrita en el espíritu de la economía política. Ello quiere decir que manifestaciones como valor y compra, cambio y medio de cambio, formas de producción y acumulación de valores, que la economía estudia desde un punto de vista, aquí se estudian desde otro. Solamente la parte de

éstas referida a la economía política, la que muestra mayor interés práctico, la elaborada más a fondo, la representable de modo más exacto, fundamenta el derecho aparente de ver estos fenómenos como «hechos de la economía política» por antonomasia. Pero al igual que la aparición del fundador de una religión no es solamente un fenómeno religioso, sino que también se puede investigar bajo las categorías de la psicología, incluso de la patología, de la historia general y de la sociología, al igual que una poesía no es solamente un hecho perteneciente a la historia de la literatura, sino también a la estética, a la filosofía y a la biografía, al igual que el punto de vista de una ciencia, que, en general, siempre supone una división de trabajo, nunca agota la totalidad de una realidad, del mismo modo el hecho de que dos seres humanos intercambien el producto de su trabajo no es solamente algo perteneciente a la economía política, ya que un hecho de este tipo, esto es, uno cuyo contenido se agote en el cuadro de la economía política, no existe en absoluto. Con la misma razón se puede considerar aquel intercambio como un hecho psicológico, moral y hasta estético. E incluso aunque se examine desde un punto de vista de la economía política, tampoco así se llega a un punto exhaustivo, sino que, aun bajo esta formulación, pasa a ser objeto de la observación filosófica, cuya tarea es comprobar sus presupuestos por medio de conceptos y hechos no económicos y sus consecuencias para los valores y conexiones no económicos.

En relación con este problema, el dinero no es más que un medio, un material o ejemplo para la representación de las relaciones que existen entre las manifestaciones más externas, reales y contingentes y las potencias más ideales de la existencia, las corrientes más profundas de la vida del individuo y de la historia. El sentido y la meta de todo esto es trazar una línea directriz que vaya desde la superficialidad del acontecer económico hasta los valores y significaciones últimos de todo lo humano. El sistema filosófico abstracto se mantiene tan alejado de las manifestaciones aisladas, especialmente de la existencia práctica, que tan sólo puede postular su redención del aislamiento, de la falta de espiritualidad e, incluso, de la adversidad de la primera impresión. Aquí se ha de manifestar aquella según un ejemplo, esto es, según el ejemplo del dinero, que no solamente muestra la indiferencia de la pura técnica económica, sino que, por así decirlo, es la misma indiferencia, en la medida en que toda su significación final no reside en él mismo, sino en su transferencia a otros valores. Al manifestarse aquí del modo más evidente la contradicción entre lo aparentemente externo y carente de esencia y la sustancia interior de la vida, habrá de reconciliarse del modo más eficaz, si es que su peculiaridad se

ha de evidenciar no sólo activa y pasivamente, imbricada en toda la extensión del mundo espiritual, sino también como símbolo de las formas más esenciales del movimiento. La unidad de estas investigaciones, pues, no reside en la afirmación de un contenido singular del conocimiento y de sus pruebas, que irían aumentando lentamente, sino en la posibilidad, que está por demostrar, de que se puede encontrar la totalidad de su sentido en cada singularidad de la vida. La enorme ventaja del arte frente a la filosofía es que aquél se plantea, cada vez, un problema concreto, claramente definido: un ser humano, un paisaje, un estado de ánimo y, posteriormente, toda ampliación, toda generalización, toda añadidura de un rasgo mayor del sentimiento vital, aparece como un enriquecimiento, como un regalo y, al mismo tiempo, como una dicha inmerecida. Por el contrario, la filosofía, cuyo problema es la totalidad del ser, procura limitarse ante la magnitud de éste y dar de sí menos de lo que parece obligada. De lo que se trata aquí, en cambio, es de afrontar el problema limitado y reducido, a fin de resolverlo por medio de su ampliación y su extensión a la totalidad y a la generalidad.

Desde una perspectiva metodológica, podemos formular nuestra intención primaria del modo siguiente: echar los cimientos en el edificio del materialismo histórico de forma tal que se mantenga el valor explicativo de la importancia de la vida económica en la causación de la cultura espiritual y, al mismo tiempo, se reconozca las formas económicas como resultado de valoraciones y corrientes más profundas, de presupuestos psicológicos y hasta metafísicos. En la práctica del conocimiento todo esto se desarrolla en una reciprocidad sin fin: en toda interpretación de una construcción ideal por medio de otra económica hay que respetar la exigencia de comprender ésta, a su vez, en razón de otras profundidades ideales para las que, por otro lado, hay que encontrar de nuevo la infraestructura económica general y, así, hasta lo infinito. En esta alternancia y enredo de los principios conceptuales y opuestos de conocimiento resulta práctica y viva para nosotros la unidad de las cosas, aparentemente inalcanzable para nuestro conocimiento y, sin embargo, manifestando sus conexiones.

Las intenciones y métodos reseñados hasta aquí no tendrían derecho a ningún tratamiento especial si no pudieran servir a una multiplicidad significativa de convicciones filosóficas básicas. La unión de las singularidades y las superficialidades de la vida con sus movimientos más profundos y esenciales y su interpretación, según su sentido general, se puede realizar tanto desde la perspectiva del idealismo como desde la del realismo, desde la de la razón como desde la de la voluntad, desde la interpretación absolutista del ser como desde la relativista. Las investigaciones que siguen

están realizadas según una de estas imágenes del mundo que consideramos como la expresión más adecuada de los conocimientos y sentimientos actuales, con exclusión decidida de las opuestas; en el peor de los casos, ello puede suponer que tales investigaciones tengan sólo el carácter de un ejemplo tópico que, si bien puede ser desafortunado desde un punto de vista objetivo, tiene importancia metodológica bajo la forma de futuras direcciones de investigación.

* * *

Los cambios de la segunda edición no afectan para nada a los temas principales. Solamente hemos pretendido que estos temas sean más comprensibles y asimilables mediante nuevos ejemplos y elaboraciones y, sobre todo, mediante una profundización en los fundamentos.